

EDITORIAL

LA TRADICIONAL OPERA DE SEPTIEMBRE

EN varias oportunidades se ha dicho que las revistas musicales no debieran ocuparse de los espectáculos líricos que tienen lugar en nuestro Teatro Municipal a comienzos de la Primavera; el sitio natural para comentarlos sería más bien la crónica de vida social, si no la de algún boletín en que se anoten las aventuras económicas. Este año se ha tenido una temporada brillante, cara, costosísima para el bolsillo fiscal que la ha subvencionado con largueza. Artísticamente, fuera de Walkyrias y Fidelio, no añade nada. Se ha hecho con todas las características de la improvisación, de la imprevisión y el despilfarro, en beneficio de alguna empresa extranjera importadora de buenas gargantas pagadas en dólares. La temporada de ópera, un espectáculo reservado a una parte mínima del público de la capital,—todas las funciones se vienen ofreciendo al precio de \$ 150 la platea,—supondrá un drenaje de 80.000 dólares para la economía nacional. Comparemos, por vía de ilustración, estos datos con la recién ejecutada temporada sinfónica. Abarcó un lapso de cuatro meses, no de uno y medio como la lírica; comprendió dieciocho conciertos de abono, un extraordinario, seis dominicales a precios reducidos, aparte de los populares en teatros de barrio, y dos conciertos más en Viña del Mar: en total, treinta y cuatro conciertos; participaron en ella directores extranjeros, como Eugene Ormandy, Fritz Busch, Hans Kindler y David Van Vactor. Pues bien, para la economía nacional no supuso más que el gasto de 15.600 dólares. La enorme desproporción, en calidad y en cantidad, entre la obra cumplida, por ambas temporadas; la no menos exorbitante que existe entre unos y otros gastos, puede explicarse sencillamente. Los conciertos sinfónicos se llevan a cabo sobre la base de una orquesta, directores y solistas formados en el país. Los directores y solistas extranjeros que se contratan, vienen a actuar sobre esa base nacional existente, como agregado a ella para alcanzar más elevados fines artísticos. En la ópera sucede exactamente lo contrario.

Frente a la nueva aventura lírica de este año, a la traída de algunos buenos cantantes, de mediocres directores y a la repetición del repertorio consabido, trillado y manoseado durante todo un siglo, cabe que nos formulemos algunas preguntas: ¿por qué ha de haber ópera en Septiembre y no en Julio o en Abril? ¿Se justifica que más de tres millones de pesos sean echados a la calle en un es-

pectáculo que no tiene razón de organizarse así? ¿No tenemos ya derecho a salir de este feudo italiano para que, de una vez por todas, si nos gusta la ópera, las preparemos en Chile y oigamos lo que nos plazca en vez de estar sometidos al repertorio banal del cantante viajero?

La ópera en Septiembre es una maniática obsesión colectiva. Si un Gobierno o un Municipio declarara paladinamente que no está dispuesto a costearla, habría fundados temores de que no se pueda celebrar el 18 de Septiembre y de que el tal gobierno se halle en camino de ser derrocado. Por otra parte, si uno habla de ópera en Marzo, lo miran con cara de asombro. «¿La ópera?», preguntan, «no sea Ud. iluso, de eso se habla en Agosto». Y naturalmente en Agosto ya no es tiempo sino de que un diligente «impresario» se agite, viaje y vuele para retornar con alguna tropa de cantantes alquilados en Buenos Aires o Río de Janeiro, cuya categoría depende de las subvenciones y éstas del grado de enfermedad lírica que padecan los que administran los dineros públicos.

¿Y el repertorio?; inquietarse por eso, sería igual que abrigar aprensiones sobre el programa de los Oficios de Semana Santa en la Catedral: vendrá el Domingo de Ramos, los Maitines, las Tinieblas, el Lunes y el Martes Santo y así sucesivamente. Hay también una liturgia operística: *Aída*, *Rigoletto*, *Traviata*, *Boheme*, *Manon*, *Tosca*, *Barbero*, *Butterfly*, etc. Para contener las críticas, se anuncian varias novedades, de las cuales se da una que otra. Y para evitar impuestos, nada más que para eso, se presentan las poquísimas obras escritas en Chile. La Orquesta Sinfónica de Chile, el Ballet de nuestra Escuela de Danza, todo ha de ser uncido al carro de la primavera lírica, de cuya desarticulada carrera sólo quedan bonitos agudos y sobre agudos, calderones magníficos subrayados en el trance de la asfixia con los bis de una claqué bien retribuída.

¡Y para todo esto hay millones de pesos! Ninguno de los funcionarios que tiene que ver con la organización de la ópera deja de maldecir el que ésta se organice en la forma que se hace. Este año oímos de cada uno el deseo ardiente de su fracaso anticipado y, sin embargo, existe un sino, una fatalidad activada por el terror de que a última hora la temporada se improvise por cantantes nacionales, hacia los cuales los amantes del teatro lírico sienten incalificable aborrecimiento. Es un círculo vicioso que pesa ya demasiado y que no sabemos cómo terminará algún día. Si en música sinfónica hubiera existido igual situación y todos los años hubiéramos traído una orquesta alquilada a última hora, no tendríamos nada de lo que existe y por añadidura unos cuantos conciertos costarían fortunas. Como no había tradición anterior, como los aficionados a la música no tenían la pretensión de oír lo mejor del mundo, pudimos ir, a lo largo de muchos años, cimentando una orquesta formada en Chile y ahora hemos leído lo que el exigente Ormandy acaba de decir en Filadelfia, después de una jira por este continente: «la Sinfónica de Santiago, es la mejor de Sud-América». Quitémosle lo que puede haber de exageración en esto; la verdad es que nuestros conciertos gozan ya de prestigio fuera del país.

La tragedia de la ópera, son sus aficionados. En el fondo, la ópera no les interesa; es el canto, «il bel canto» el que los arroba y disloca. De ahí que los que sistemáticamente protestamos por el repertorio, los que pedimos que esos millones de pesos que se malgastan, se empleen mejor y en tiempo oportuno, pasemos por enemigos del arte lírico, por adversarios incluso de las empresas proveedoras de cantantes.

Creemos que en Chile se puede lograr, en el canto, lo mismo que se alcanzó en otros campos musicales. Con la base chilena, proporcionar lo más que se pueda; con los millones, pagar buenos coros, directores de escena y buenos ballets e importar sólo lo indispensable y sobre todo, antes que toda otra cosa, variar de repertorio, ¡por caridad! Salir del pantano de lo trillado, porque no en vano Monteverdi, Cesti, Cavalli, Lully, Rameau, Gluck, Mozart, Weber, Wagner, Mussorgsky, Korsakoff, Debussy y Strauss existen y siguen figurando en la historia de la ópera, de esa ópera apasionadamente desconocida por nuestros «habitúes» del Municipal en Septiembre, de esa ópera que no les interesa conocer y que por añadidura las empresas no quieren presentar porque no es un negocio lucrativo.